

KARL MARX Y LA SOCIOLOGIA CONTEMPORANEA*

LEWIS A. COSER**

CADA teoría sociológica típicamente descansa sobre unas cuantas variables claves que se piensa explican, en gran parte, el funcionamiento de los sistemas sociales. Se puede decir, más particularmente, que las normas, los valores, el poder y los intereses son los factores centrales en los cuales los diversos teóricos sociales enfocan su atención. Sin embargo, los énfasis sobre estas distintas variables y sus combinaciones específicas varían considerablemente. De esta suerte, mientras que el funcionalismo normativo, desde Durkheim a Parsons, subraya las normas y los valores comunes, menosprecia la importancia de la distribución del poder escaso y de los recursos escasos como importantes variables explicativas. A la inversa, la sociología de Pareto, aunque no deje de darse cuenta de la importancia del orden normativo así como de los determinantes económicos, concentra sobre la lucha por el poder. La sociología de Marx, a su vez, aunque no se olvida de las funciones de las normas y los valores, se ocupa principalmente de las consecuencias sistemáticas de la distribución desigual de los escasos recursos dentro de un sistema social. Una de las consecuencias es la distribución desigual del escaso poder. La principal variable independiente de Marx en el estudio de los sistemas sociales resulta ser el carácter de los intereses que sistemáticamente son generados por la estructura de relaciones productivas, es decir, por un sistema dado de distribución de recursos escasos. La sociología marxista se concentra en los intereses de clase al igual que la sociología de Pareto lo hace sobre la lucha por el poder, y el funcionalismo normativo sobre la integración de valores comunes.

* Traducido del inglés por José Emilio González.

La concentración en un haz de variables, aunque pueda ser muy valiosa y productiva de vislumbres, siempre lleva consigo el peligro inmanente de menospreciar, a sabiendas o no, la importancia de las otras. La falacia de creer que las explicaciones para un grupo de datos son válidas para todos los fines científicos se cierne en forma impresionante sobre el caso de los más importantes y creadores de los teóricos de la sociedad que justificadamente sentían que "sus" variables contaban en efecto con un alto grado de poder explicativo. Se inclinaban a creer, como lo sostuvo Talcott Parsons en su primer libro, que su sistema lógicamente cerrado de teoría se refería a un sistema empíricamente cerrado.¹ Esta es la razón por qué corresponde a las generaciones posteriores de sociólogos revalorizar continuamente su legado y tratar de determinar hasta qué punto el énfasis preponderante sobre uno u otro haz de variables pueda obstaculizar el entendimiento de la operación completa de los sistemas sociales, aun cuando pueda iluminar brillantemente ciertos aspectos.

Aun cuando el teorizar en el modo dominante del funcionalismo normativo ha llevado a la sociología norteamericana a alcanzar un nivel de sofisticación hasta la fecha no logrado en cualquier otra empresa sociológica —y tal vez precisamente debido a esto—, ha llegado la hora de restablecer el equilibrio poniendo el acento sobre el valor explicativo de conceptualizaciones de factores de interés y de poder, conceptualizaciones que no recibían atención. Esta es la razón —creo yo— por qué la sociología de Marx debiera recibir otra vez la más grave atención, tanto como correctivo para ciertos énfasis prevalecientes como un esquema teorético importante, *per se*.

El enfoque analítico de Marx sobre los modos y vías en que las relaciones entre los hombres se van formando, en virtud de sus posiciones relativas, es decir, por su acceso, en modos diferentes, a los recursos escasos y al poder escaso, conlleva claramente un énfasis sobre el choque, el conflicto y la contención como elementos constitutivos de una sociedad diferenciada. Marx se percataba del hecho de que ese acceso desigual no puede en todos los tiempos y en todas las circunstancias conducir a luchas activas, como lo testimonia su descripción de la *stasis* centenarias de las sociedades que funcionan con los modos asiáticos de producción. No obstante, presumió que la potencia del conflicto social se halla ínsita en cada sociedad diferenciada, puesto que sistemáticamente genera conflictos de intereses entre personas y grupos diversamente localizados dentro de la estructura social.

¹ Talcott Parsons, *The Structure of Social Action*, Glencoe, Ill., The Free Press, 1949, p. 476.

Para Marx, el equilibrio social era un caso especial del desequilibrio, mientras que para el funcionalismo normativo corriente el desequilibrio es una instancia especial del equilibrio. Esta es la razón por qué el funcionalismo normativo típicamente tropieza con dificultades especiales cuando enfoca el cambio social mientras que, por contraste, el análisis marxista tropieza con dificultades para explicar cómo la sociedad continúa funcionando en circunstancias relativamente estables. La idea de las contradicciones intrínsecas en el orden social ha sido uno de los pilares del tipo de explicación marxista, mientras que el funcionalismo normativo sigue adherido a la idea de la integración de todos los componentes activos dentro de un sistema común de normas y valores. También, aquí, en este respecto, se impone urgentemente una revalorización del esquema marxista. Aun cuando existan ciertos sistemas sociales relativamente estables para los que sirve el análisis basado en el modelo integrativo, los sociólogos se privarían de una herramienta muy valiosa para entender sistemas sociales como los de la actual África del Sur,² América Latina o el Sur de los Estados Unidos, si renunciaran a la oportunidad de utilizar ciertas aproximaciones que les es suministrada por la sociología marxista. No quiero decir que teorías sociológicas opuestas, cuyas premisas sean ya la ubicuidad del orden social ya del conflicto social, probablemente resulten más productivas a la postre, sino que un esquema teórico maduro se verá obligado a tomar en cuenta ambos factores si ha de rendir una explicación teórica completa. Esta es otra razón por qué me sospecho que un reestudio de las categorías sociológicas marxistas puede ser de beneficio al desarrollo ulterior de la teoría sociológica moderna.

Para entender el concepto marxista de intereses de clase es requisito previo percatarse de que Marx no estaba preocupado con la idea de llevar al máximo el interés (egocéntrico) individual, noción sobre la cual descansan las teorías del interés utilitario. No estaba preocupado con las tendencias y propensiones privadas de los individuos sino con los intereses colectivos de categorías particulares de hombres que desempeñan sus roles peculiares en la escena social. En su Prefacio a *El capital*, Marx dice: 'Se brega con los individuos sólo en la medida en que son personificaciones de las categorías económicas, encarnaciones de relaciones de clase e intereses de clase particulares'.*** O, para decirlo en lenguaje moderno, Marx se ocupaba del modo en que posiciones específicas en la estructura social tendían a dar forma a las experiencias sociales de sus incumbentes y a predisponerlos a ciertas

² Cf. Pierré L. van der Berghe, *South Africa, A Study in Conflict*, Middletown, Conn., Wesleyan Univ. Press, 1965.

*** Estas y otras citas de Marx son traducidas del inglés. Nota del traductor.

acciones orientadas a llevar hasta el máximo las oportunidades de su vida colectiva.

En la sociología de Marx los intereses de clase no son dados *ab initio*. Se desarrollan a medida que los incumbentes de particulares posiciones sociales atraviesan particulares circunstancias sociales. De ahí que la concurrencia divide los intereses personales de "la muchedumbre de personas que no se conocen mutuamente" en las primeras empresas industriales. "Pero la conservación de sus salarios, este interés que tienen contra su empleador, los junta otra vez en la idea de *combinación-resistencia*. De esta suerte, la combinación tiene propósito doble: el de poner fin a la concurrencia entre ellos, y el de capacitarlos para concurrir como un todo con el capitalista".³ Esta es una de las razones por qué Marx se burlaba de los economistas utilitarios que estaban intrigados ante el hecho de que los trabajadores pudieran sacrificar una parte substancial de sus salarios durante las huelgas o en el esfuerzo por hacer un sindicato. Marx sostenía que era muy fácil entender este comportamiento si uno se daba cuenta que estos trabajadores, bien lejos de querer llevar al máximo sus intereses privados a corto plazo, estaban comprometidos en la construcción de organizaciones que pudieran defender sus intereses colectivos de largo alcance.

Los intereses colectivos o de clase que ocupan el centro de la inquietud de Marx sencillamente no estaban *dados*; como tales no evocaban directamente la acción. Los intereses facilitaban una motivación significativa para la acción sólo si eran convertidos en una evaluación colectiva de las oportunidades de vida comunal. Esto podría surgir sólo en circunstancias específicas, la más importante de las cuales es la comunicación entre individuos localizados similarmente en la estructura social. "Los pequeños (terratenientes) campesinos", dice Marx con respecto al campesinado francés de mediados del siglo diecinueve, forman una vasta masa, cuyos miembros viven en circunstancias parecidas, pero sin entrar en complicadas relaciones el uno con el otro. Su modo de producción aísla al uno del otro, en vez de reunirlos en el intercambio mutuo. . . . En la medida en que millones de familias viven en circunstancias económicas de existencia que dividen su modo de vida, sus intereses y su cultura de aquellos de otras clases y la sitúan en contraste hostil con estas últimas, forman una clase. En la medida en que hay sólo una interconexión local entre estos campesinos y la identidad de sus

³ Citado por Karl Marx, *Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, ed. por T. B. Bottomore y Maximilien Rubel, Nueva York, McGraw-Hill Book Co., 1964, pp. 186-187.

intereses no engendra unidad ni unión nacional ni organización política, no forman una clase".⁴

Entonces, se puede decir que para Marx los intereses comunes potenciales de un estrato particular se derivan de la localización de aquel estrato en una particular estructura social. Pero la potencia se transforma en el acto, *Klasse an sich* en *Klass für sich* sólo cuando la comunicación, el involucramiento común en la lucha común y la formación de una conciencia de suerte común liga a los individuos en una clase cohesiva que conscientemente articula intereses comunes. Una clase cohesiva exige de sus miembros la carga, comúnmente asumida, de permitir que las demandas de acción de clase tengan la primacía sobre las urgencias del interés privado individual. La acción de clase encauza y restringe el interés egocéntrico. Es una forma del control social y, por lo tanto, de integración de clase. Desempeña funciones disciplinarias.

Además, Marx se daba bien cuenta de que "los individuos particulares no 'siempre' están reinfluídos en su actitud por la clase a la que pertenecen". Es decir, que Marx admitía que los individuos particulares pueden muy bien no estar interesados en sus intereses de clase. La cuestión de si los individuos en verdad trascenderían sus intereses egocéntricos y desarrollarían intereses de clase era para Marx, por lo tanto, un problema empírico, aunque él presumía, desde luego, que la mayoría de ellos ciertamente lo harían. Mostró escasísimo interés en los procesos de la movilidad social, puesto que para él los intereses individuales —no— trascendidos, aunque pueden obstaculizar la formación de intereses colectivos, no constituyen una fuerza social históricamente transformadora.

En contraste con los utilitarios, quienes visualizan el interés egocéntrico del individuo como regulador de una sociedad equilibrada, Marx concibe ese interés como destructor del interés de clase en general y como algo que conduce específicamente a la autodestrucción del capitalismo. El mismo hecho de que cada capitalista actúa racionalmente en aras de su propio interés egocéntrico conduce a la destrucción del interés común de todos. Los capitalistas están condenados, puesto que su posición estructural no les permite llegar a una afirmación congruente de sus intereses comunes. Como lo dijera recientemente, Raymond Aron: "Para Marx, cada hombre, trabajando en aras de su propio interés, contribuye tanto al funcionamiento necesario como a la destrucción final del régimen".⁵ El mismo hecho de que el modo

⁴ Citado en Lewis A. Coser y Bernard Rosenberg, *Sociological Theory*, Segunda edición, Nueva York, The Macmillan Co., 1964, p. 396.

⁵ Raymond Aron, *Main Currents in Sociological Thought*, Nueva York, Basic Books, 1965, pp. 134-135.

concurrente de producción del capitalismo *no* permite que surja un interés común de clase, salvo como mecanismo de defensa; el hecho de que los empresarios capitalistas, a causa de su posición estructural, no pueden trascender la concurrencia individual entre ellos, los lleva a su destrucción. Correlativamente, se concibe a los trabajadores como los agentes del cambio y la destrucción del orden capitalista precisamente porque su circunstancia estructural los predispone a trascender sus intereses individuales y a desarrollar una consciencia de los intereses comunes de clase.

Marx admitió que los capitalistas también descubren ser posible trascender su inmediato interés egocéntrico, pero pensó que esto era posible sólo en las esferas política e ideológica antes que en la económica. Los capitalistas, divididos por la concurrencia económica entre ellos mismos, elaboran una ideología justificativa y un sistema político de dominio que sirve a sus intereses colectivos. De ahí que parece que el poder y la ideología políticos cumplen las mismas funciones para los capitalista que la conciencia de clase para la clase trabajadora. Pero esta simetría es sólo aparente. Para Marx, la esfera económica es siempre el reino finalmente decisivo. Y, dentro de este reino, la burguesía es siempre la víctima del espíritu de concurrencia que anima su modo esencial de existencia económica. Puede desarrollar una conciencia, pero es siempre "una falsa conciencia", vale decir, una que no trasciende su arraigo en el modo económicamente concurrente de producción. La burguesía engendra una maquinaria represiva del Estado, pero ésta, no puede bregar con el proceso económico basado en el interés egocéntrico. De ahí que ni el Estado burgués ni la ideología burguesa puedan servir en verdad para trascender el interés egocéntrico burgués en la misma forma en que la conciencia de clase de los trabajadores trasciende los intereses egocéntricos de los abandonados de la Fortuna.

En enfoque analítico de Marx se concentra en aquellos puntos de la estructura social en los que se puede pronosticar una transformación de los intereses individuales en colectivos. Marx concluyó que la posición estructural de la burguesía *no* le permitía lograr una colectivización auténtica de intereses mientras que la propia posición de la clase obrera provocaba la auténtica colectivización.

Marx dirige nuestra atención sobre los modos diferentes de distribución de los recursos y el poder y las posibilidades de que tales diferencias lleven a la emergencia de conflictos sociales en torno a los problemas de retener esas diferencias, aliviarlas o abolirlas. Sostiene que estos conflictos engendran la trascendencia del interés egocéntrico entre los pobres. Marx enfoca su atención sobre aquellos procesos

sociales en que las tendencias alienadoras y las contraideologías entre los pobres son sistemáticamente generadas por la misma distribución de los diversos *status* y poderes, sobre los cuales decansa la organización social.

De acuerdo con el punto de vista marxista, la misma célula nuclear de la sociedad capitalista, la fábrica, encarna la contradicción fatal de los intereses que desembocarán en la destrucción de la empresa capitalista. El modo capitalista de producción está montado sobre el supuesto de la asequibilidad desigual a los recursos, de parte de las diferentes clases y también sobre la premisa de la asequibilidad desigual al poder. El marco institucional del capitalismo se construye sobre desigualdades sistemáticas que, a su vez, en virtud de su efecto acumulativo sobre las oportunidades de vida para los actores involucrados, conduce a la activización de las tendencias alienadoras entre los estratos pobres y últimamente a la quiebra del sistema capitalista.

No es preciso que uno comparta las certidumbres de Marx, o por lo menos sus esperanzas, en cuanto a la bancarrota final del sistema capitalista, a los fines de reconocer la importancia de la herramienta analítica que nos ha facilitado. De hecho, a los fines sociológicos nada parece perderse si el esquema determinista de Marx es interpretado dentro de un marco probabilista. No es preciso que uno esté de acuerdo con que las oportunidades desiguales de vida han de conducir a una conciencia común y a una acción política común en la sociedad capitalista, o en cualquier otra sociedad, y, sin embargo, se puede aceptar la noción de que es muy probable que hallemos tendencias y alienadoras y desintegrativas entre aquellas personas cuyas oportunidades de vida han sido mutiladas por la operación de un sistema en particular. Parejamente, vale la pena investigar hasta qué punto las contraculturas se desarrollan a través de la comunicación y el contacto con hombres implicados en situaciones sociales parecidas y ubicados en posiciones estructurales semejantes que los privan de oportunidades significativas de vida. Por lo menos, Marx nos ha suministrado un programa de estudios para investigar sistemáticamente aquellos factores que pueden llevar a la transformación del sistema social mediante la movilización de la energía de aquellos a quienes explota.

Probablemente es cierto, como lo ha sostenido recientemente Arnold Feldman, que Marx, "con frecuencia identificó correctamente las contradicciones dentro de las sociedades industriales, pero que uniformemente sobreestimó la medida en que tales contradicciones podían ser resueltas a través de la revolución o de la contrarrevolución".⁶

⁶ Arnold Feldman, "Violence and Volatility"; en *Internal War*, ed. por Harry Eckstein, Nueva York, The Free Press of Glencoe, 1964, p. 126.

Pero apenas si es difícil, aunque Marx lo hubiera desaprobado, separar las esperanzas escatológicas de Marx de su esquema analítico.

El continúa siendo el más poderoso analítico de las relaciones asimétricas. En contraste con los teóricos sociales que siguen apegados a un modelo armonioso de sociedad y acentúan la simetría en la orientación mutua de los actores, Marx se ocupa de los hechos de la dependencia unilateral y, por lo tanto, de la explotación, y la negativa a reciprocarse. La cualidad de lo complementario puede hallarse en todos los tipos de sociedad, aun en las totalitarias. Autócratas y dictadores entran en acciones complementarias con sus súbditos, aun mientras los explotan. De hecho, la explotación institucionalizada, el "derecho a algo por nada", para utilizar la lapidaria frase de Veblen, suele ocultarse bajo un manto de alegatos sobre el carácter complementario de los papeles de gobernantes y gobernados. Marx ayuda a rechazar estos conceptos ingeniosos. Demuestra por qué, cuando los recursos económicos o las posiciones de poder son desiguales, la relación resultante probablemente será desequilibrada, unilateral antes que multilateral.⁷

Hasta la fecha hemos visto que la teoría social de Marx concentra su atención sobre tres conceptualizaciones relacionadas entre sí. Subraya la importancia de los intereses comunes y analiza las circunstancias estructurales que llevan a la emergencia de tales intereses comunes; discute los modos en que las posiciones particulares en la estructura social predisponen hacia el desarrollo de tendencias alienadoras y analiza las relaciones unilaterales de poder como surgen del acceso desigual a los escasos recursos y a las escasas posiciones de poder. Estos conceptos analíticos continúan siendo de inestimable valor aunque los pronósticos concretos de Marx en lo que concierne, por ejemplo, a una inminente revolución socialista en las sociedades industriales muy desarrolladas han resultado nulos. Por desdicha, aquellos que se oponían a Marx por razones ideológicas así como sus propios seguidores y epígonos han tendido a enfocar su atención sobre ejemplos históricos concretos y predicciones concretas antes que sobre los conceptos que daban forma al análisis de la estructura social por Marx. Esto se hace evidente si confrontamos la conceptualización de Marx con ciertos acontecimientos del presente. Permitidme que dé algunas ilustraciones concretas:

Marx, ciertamente tenía muy poco que decir, concretamente, sobre el giro decisivo que experimentamos hoy en los Estados Unidos en materia de relaciones entre las razas. Y, sin embargo, un análisis de

⁷ Cf. Alvin Gouldner, "The Norm of Reciprocity", *American Sociological Review*, abril, 1960, vol. 25, 2, especialmente pp. 165 y 169.

tipo marxista nos ayudaría mucho a entenderlo. El hecho de que la sociología norteamericana estaba tan lastimosamente impreparada para la revolución en los derechos civiles, que ha ocurrido en los últimos años, está vinculado con su abandono sistemático del tema del conflicto social, y de la movilización de poder e intereses en las luchas raciales. Por estar comprometida hondamente con la creencia de que sólo un creciente entendimiento entre las razas y una movilización lograda de la culpa frente al dilema norteamericano, entre los que pertenecen a la mayoría racial dominante, conducirían a la erosión gradual del prejuicio y del discrimen, la sociología norteamericana se halló en gran medida carente de preparación para la emergencia de una situación en que una gran parte de la iniciativa en favor del cambio no procedió del hombre blanco sino del negro. La sociología norteamericana sistemáticamente negó su atención al análisis de las circunstancias que gradualmente llevaron a que entre los negros más jóvenes emergiera una nueva autoconciencia y al desarrollo no sólo de tendencias alienadoras en la comunidad negra sino a un tipo también de alienación militante. Los profesionales se hubieran ahorrado unos cuantos malos ratos si hubieran puesto su atención en ciertas guías marxistas; por ejemplo, al proceso de comunicación entre individuos que paulatinamente llegaron a subordinar sus intereses egocéntricos, inicialmente separados y concurrentes, en favor de intereses comunes y acciones colectivas supremas, orientados hacia el cambio revolucionario en el orden de *status*. Parejamente, hubiera sido menos fácil descartar las guías marxistas con el pretexto de que se trataba de un inútil utilitarismo tipo siglo diecinueve si los sociólogos hubieran captado que la sociología marxista, lejos de haber sido derivada de la idea de que los actores humanos están siempre predispuestos a actuar en términos de interés egocéntrico individual, se ocupa precisamente de aquellas situaciones culminantes en que los hombres trascienden el interés egocéntrico y aceptan los sacrificios exigidos en la lucha por intereses colectivos. Para Marx sería difícilmente una sorpresa el hecho de que tantos negros están dispuestos a sacrificar sus propias oportunidades de vida individual, a posponer su satisfacción presente en aras de la realización colectiva de objetivos a largo alcance. Marx sabía que sólo los hombres que articulan sus intereses comunes a través de la acción común son los que tienen la oportunidad de cambiar su destino colectivo.

La utilidad de la perspectiva marxista no se detiene con la comprensión de la postura de los de abajo en una estructura social específica. Esa perspectiva puede ayudar igualmente, como lo demostraría el propio Marx, a entender las orientaciones de aquellos que tienen

intereses creados en la prolongación del orden social. No es preciso descartar la importancia de las normas legales, de los valores nacionales y de exhortaciones a la conciencia para darse cuenta del efecto sobre el *statu quo* del sur de los Estados Unidos de asuntos tan mundanos como el caudal de fondos del Gobierno Federal, las ventas posibles de valores, obligaciones, la dirección de la corriente de nuevo capital hacia las empresas privadas. En el sur uno encuentra racistas por principio que da la casualidad que no están interesados en sus intereses económicos, pero la mayoría de las personas dominantes en el sur *están* interesadas. La amenaza a que hacen frente los hombres de negocio de perder clientes o crédito, o la amenaza a que hacen frente los políticos de perder votos, si dependen de un importante electorado negro, son factores eficaces en la "desintegración" de la corteza anquilosada de la costumbre meridional. La lectura más elemental de las noticias diarias sobre el sur —y también sobre el norte— confirma la persuasión de que es demasiado temprano para relegar el pensamiento marxista al muladar de las construcciones dogmáticas, históricamente obsoletas. Todavía debemos dar oídas al hombre que escribió: "La moralidad, la religión, la metafísica y otras ideologías, y sus formas correspondientes de conciencia, ya no conservan... Su apariencia de existencia autónoma... Son los hombres quienes, al desarrollar su producción material y su intercambio material, cambian, junto con su existencia real, su pensamiento y los productos de su pensamiento. La vida no está determinada por la conciencia, sino la conciencia por la vida".⁸

Marx padeció la mala fortuna de haber nacido en el siglo diecinueve y no en el siglo veinte y gran parte de su pensamiento es anacrónico, desde el punto de vista histórico. De hecho, creo que un pensador tan inquieto con el principio de especificidad histórica sería el primero en estar de acuerdo con lo anterior. Pero muchos de los problemas de Marx son los nuestros; pocas de sus soluciones pueden ser las nuestras y aún sus métodos de análisis son utilizables sólo en parte hoy en día. Más concretamente, los elementos mesiánicos y escatológicos desempeñan importantes papeles en la totalidad de la obra de Marx y es necesario eliminarlos si su aporte a la ciencia de la sociedad va a ser reconocido y utilizado.

Aún más. Parece necesario repudiar las tendencias reduccionistas de Marx, por ejemplo, su propensión a ver en el orden político sólo un reflejo del orden económico.

⁸ Karl Marx, *op. cit.*, p. 75.

Como Ralf Dahrendorf, entre otros, ha demostrado,⁹ el reduccionismo económico de Marx lo llevó a dejar a un lado el análisis de aquellas relaciones de poder que no se derivan de los nexos de propiedad. Para Marx, el poder siempre se desprendía del dominio sobre los recursos económicos. No consideró la idea de que el dominio sobre los recursos económicos puede ser un resultado del acceso a posiciones de poder. Comprendió, para citar el vislumbre ingenioso de Ignazio Silone, el papel de los plutócratas pero no pudo pronosticar el advenimiento de los "cratáplutos" del siglo veinte.

En forma semejante, el poderoso análisis que hace Marx de las relaciones unilaterales y en su teoría de la explotación siguieron demasiado estrechamente concentrados sobre el marco económico. Permítidme terminar con una cita de un joven sociólogo, quien evidentemente no tiene nada de marxista, Donald McKinley: "...tal vez Marx estaba, en parte, en lo correcto. Su enfoque sobre la explotación fue, sin embargo, demasiado angostamente económico, y su contrarrespuesta agresiva, derivada, demasiado angostamente política. Lo que es más importante, tal vez, la explotación en una sociedad altamente industrializada y diferenciada es de naturaleza emocional y moral y la respuesta alienada y agresiva es de un tipo parecido: desorganización familiar, crimen y apatía política".¹⁰

Aquí, como en otras partes, Marx no avanzó lo suficiente, sin duda. Pero nos corresponde a nosotros adelantar en una dirección donde realizó algunas exploraciones de pionero. La empresa acumulativa de la investigación científica es mejor servida si honramos las contribuciones de nuestros antecesores por medio de la selección, incorporándolas al *corpus* de nuestras teorías, mientras que utilizamos sus guías para penetrar en los reinos que para ellos constituían todavía territorio virgen.

⁹ Ralf Dahrendorf, *Class and Class Conflict in Industrial Society*, Stanford, California, Stanford University Press, 1959.

¹⁰ Donald McKinley, *Social Class and Family Life*, Nueva York, The Free Press of Glencoe, 1964, p. 266.